

APORTES PARA UNA REVISION DEL CONCEPTO DE MUNDO HISPANICO

a) MITO Y REALIDAD DE LO HISPÁNICO

Del Mundo Hispánico se tiene, por lo general, una noción vaga, romántica, producto más bien de una aspiración que de una reflexión. Por otra parte, hay cierta resistencia notoria en muchas personas a reconocer en este concepto otra cosa que una mera elaboración mental sin contenido preciso, sin valor actual y, lo que es peor, carente de interés para el futuro de los pueblos que integran este presunto conglomerado. Porque, se dirá, ¿qué necesidad encuentra el continente americano, formado por hombres procedentes de tan diversos puntos del globo, en amarrarse a una estructura ideal que nada vivo supone, que nada práctico y realizable le ofrece, que nada presume engendrar para satisfacer las urgencias de la hora y del tiempo?

Se estima, y las más de las veces con sobrada razón, que el pecado de origen que lleva en sí el presuponer la existencia de un Mundo Hispánico, es el tratar de que todo un pasado muerto, de formas ya reseca y fosilizadas, esté llamado a surgir como un cuerpo de directivas salvadoras para la crisis de esta época y adecuadas para seres que no las requieren ni les importan. Sobre un campo palpitante, cálido y variado, sujeto a violentos cambios de posición y de visual, en el desnudo desenfado del crecimiento, se quieren extender las agujas heladas de viejas esencias, como si fuera posible despertar el gesto desaparecido o colocar sobre la morena cara abierta al sol del trópico la mueca dormida de una imagen funeraria.

Con bastante buen parecer se sugerirá que hay una fábula hispánica, un mito que se viene arrastrando desde que el Imperio español se quebró en innumerables componentes, una leyenda que todos los años se narra con motivo del aniversario del descubrimiento de América. Pero, por supuesto, algo en lo que nadie cree, ni siquiera sus propugnadores más entusiastas y constantes. Mientras tanto, la técnica da un nuevo giro a las aspiraciones de las masas americanas, que se hallan ahora más unidas en sus comunes ur-

gencias económicas que lo que jamás soñaron antes los ideólogos con sus hipotéticos sistemas políticos, tan premiosa como pacientemente edificados con los puros elementos de su imaginación.

Se podrá alegar, también, como paradoja, que quienes hacen severo hincapié en la Hispanidad como doctrina y en lo hispánico como norma de existencia, han seguido fieles al bizantinismo americano y no han dudado, en ocasiones, en agriar la convivencia entre pueblos hermanos o en constituirse en inapelables jueces de actitudes históricas sujetas a revisión o que exigen una apreciación amplia y cabal, donde el sentido lugareño no debe encontrar cabida. Porque, para abordar estas cosas con franqueza y sinceridad, hay que dar mucho más de lo que se espera recibir; hay que olvidar que se pertenece a un país, para mirar por encima de las fronteras; hay que considerarse inmerso en una corriente de vida que es inmensa en su riqueza y donde la ponderación es poca cuando se juzgan su variedad o sus ilimitados modos de expresión.

Al hacer del concepto de Mundo Hispánico una entidad cerrada, estrecha, sin el suficiente aire que corra con libertad por todos los intersticios no sólo del presente, sino también de los pasados próximo y remoto, se está efectuando un mezquino servicio a la causa que se pretende defender; a esa causa que, mirada con limpieza de intención y profundo amor, significaría una poderosa palanca de renovación en un ámbito humano y geográfico sediento de hallar su propio camino.

Indispensable es, entonces, para analizar su vigencia y utilidad, tratar en lo posible de borrar todo aquel acervo verbal que hasta el momento ha sido fuente de inspiración hispanista o hispanizante. Es menester, antes que nada, adoptar una actitud crítica. Crítica, sobre todo, de sí mismo, de una conformación espiritual que quiere inducir siempre a ir por derroteros simples, seguros y conocidos. Es preciso ser, y con rigor, despiadado espectador del propio pensamiento y testigo de matizada y sensible percepción para esta época.

En este problema, como en todos los que atañen al destino y a la felicidad del hombre, la última palabra jamás se pronuncia. Pero, en cualquier caso, una aproximación respetuosa es a menudo saludable e interesante.

La complejidad del fenómeno de lo hispánico no nace tanto de ese carácter casi de imponderable que revela, sino más bien de los múltiples aspectos que hay que estimar para llegar a una suficiente evaluación de su contenido y de lo que representa. Porque en su raíz no se refiere ni a lo político, ni a lo social, ni a lo económico, aunque en todo caso los abarca y los rebasa. No es tampoco una posición o teoría religiosa; pero parece ser evidente que sería difícil concebirlo sin la base cristiana que sustentó y sigue

sustentando el vivir de España y de los países americanos. ¿Cómo, entonces, podría ser definido si a la vez es todo y nada? ¿No bastaría con apreciar solamente el hecho físico de la existencia de un Mundo Hispánico sin que haya urgencia de penetrar en un galimatías? ¿No se estará trabajando sobre una entelequia o haciendo una farsa? ¿Dónde está lo hispánico, dónde su realidad y su mito? ¿O se trata sólo de la realidad de un mito, de la que no es menester ocuparse?

Lo uno y lo otro encuentran cabida en esta honda faltriquera, que fué prendida a la cintura de los países hispanoamericanos desde el instante mismo de su iniciación como tales. Porque, para llamar las cosas por su nombre, es un peso del que no están en condiciones de desprenderse y que se soporta con resignado orgullo, en oportunidades, sin perjuicio de convertirse en baldón para otros. En ese afán de soltar estas amarras, de eliminar de la carne y de la sangre la huella delatora de una estirpe de la que nada se desea saber, han estado mucho tiempo y han ocupado su vida y su pensamiento las provincias españolas de allende el mar a partir de su emancipación. Y todo esto ¿por qué?

Sin duda alguna hay un negativismo en la historia americana que ya no sorprende, porque va implícito en su desarrollo. No se ha querido ser lo que se es, o lo que en apariencia se es. ¿Por qué ocultos resortes, hasta la fecha no descubiertos, su trayectoria humana, desde la independencia, ha corrido a espaldas de auténticas esencias? ¿Es que éstas no eran valederas entonces y no lo son todavía? ¿Es que lo serán más adelante? ¿O es que en este ir y venir, en este deambular desolado, se encuentra la búsqueda de la única ruta que conviene y la certeza interior de que en definitiva se producirá este hallazgo?

La quiebra de su identidad y la lucha por suplantarla dan al siglo XIX hispanoamericano la curiosa configuración de un individuo demente colocado en trance de asesinar su propia sombra. Es como una danza fantasmal, remedo de un suicidio de caricatura, con la pasión y el salvaje desenfreno que brotaron cuando la presa del gobierno imperial se rompió. Así vistas las cosas, sea cual fuere el origen de la independencia, sólo hay un hecho cierto: la absoluta pérdida de rumbo que esta independencia significó para los beneficiados con ella. El despedazamiento en Estados minúsculos, las guerrillas de fronteras y las guerras civiles, la permanente crisis administrativa y gubernamental, las constituciones hipotéticas, la injusticia social, la miseria y el atraso, son características, por desgracia, del primer siglo libre de la América española.

Los Estados sucesores del Imperio en las tierras americanas buscaron en

vano la forma de organizarse que reemplazara el antiguo *status*. No sólo en cuanto a formas internas de organización gubernamental, sino, lo que es más importante, en la manera de conducir sus relaciones entre ellos. El *uti possidetis* de 1810 fué la manzana de la discordia que encendió toda clase de luchas por las fronteras, a las cuales se pretendía tener derecho en virtud de ese mismo principio jurídico. La confederación de Estados, que fuera el sueño permanente de todo el siglo XIX, jamás llegó a realizarse en hechos concretos y se vivió en un romanticismo de relaciones exteriores que a Hispanoamérica pudo haberle costado mucho más caro de lo que efectivamente le costó, analizados hoy los resultados. Porque es evidente que, gracias a esta anarquía interior y exterior, Méjico perdió sus extensos territorios del Norte; pudo ser posible esa guerra horrible de Argentina, Brasil y Uruguay unidos contra Paraguay, donde éste hizo su defensa hasta casi ser exterminado; Inglaterra logró sentar sus reales en las islas Malvinas; la Gran Colombia se despedazó en Estados; la América Central se atomizó en minúsculos países, y Estados Unidos, a expensas de Colombia, creó un Estado en el istmo a fin de construir el canal de Panamá.

Ante este panorama de angustioso caos, ¿qué puede exigirse de pueblos que abandonaron su sentido comunitario y se constituyeron durante más de un siglo en irrisorias republiquetas de cartón, donde cualquier hecho, por inaudito que fuese, era capaz de producirse? ¿Dónde había quedado esa vieja armazón del Imperio que en el Escorial tuvo su símbolo más duradero y permanente, pero tan fugaz en el tiempo como es fugaz el paso de la vida a la muerte? ¿Por qué no preguntarse si, como monumento incomparable, no continúa todavía representando a ese Imperio español, incomparable también, pero que parece no haber sido otra cosa que monasterio y tumba a la vez?

¿Dónde había quedado, en fin, la cultura que España se empeñó en trasvasar de Europa a América durante más de tres centurias? Posiblemente, mezclada con la sangre de las estirpes blancas sacrificadas en Colombia, Venezuela o cualquier otra región, o sepultada bajo las botas de caudillos anónimos, ansiosos de cobrar la antigua venganza del mestizaje.

Porque no hay ilusión de más nefastos resultados que seguir hablando de la historia de América asimilándola toda a las misiones de California o a los jesuitas del Paraguay. Poco hay de idílico en la mayoría de las épocas de su desenvolvimiento. En el mejor de los casos, lo que sí hay es una firme y rotunda voluntad civilizadora que se impuso desde el primer momento con las órdenes misioneras y las reales cédulas; pero, a la vez, hay un oscuro deseo de revancha de las razas vencidas que, en forma inconsciente y provocada

por los mismos criollos —herederos directos o indirectos de esta voluntad civilizadora—, ofrecerá su cuadro de sangre, terror e ignominia en la independencia y en los tristes años que llevan a América a la organización republicana. De esta manera, el mestizaje, que imprime en sus venas el triste designio de la línea materna india, una vez sueltas las cadenas que lo amarraban a un *status* jurídico, político, social y religioso que aún no tenía la madurez necesaria para comprender y respetar, trató por todos los medios de revolverse en contra de algo que ceñía sus lomos sin dejarlo marchar libremente. Por cierto, países como Chile y Uruguay, y quizá si también Argentina, escaparon de este sino, no por una vocación especial de su gente, como muchas veces se pretende asegurar, sino porque este problema, dada su homogeneidad de población, les era en algún modo ajeno.

De esta manera, y vistos los hechos con la mayor frialdad, la creación humana más grande de España como potencia civilizadora, o sea el mestizaje, resultaría a la postre el mayor enemigo de esta obra. Pero, por el lado criollo, no andarían mejor las cosas. Ni americanos en España ni españoles en América; se sintieron a sí mismos un estamento social particular, hechos de un elemental arraigo al lugar que los vio nacer, pero desprovistos de la menor visión universal de su propia raza y de su propia cultura. Formados políticamente en el cabildo, no quisieron o no supieron mirar más allá, con superior amplitud de miras que las que les daba el cerco de las montañas provincianas.

Así planteada la situación, en ese cuerpo en pleno desarrollo y de precaria madurez que era la América hispana, se llevó a cabo una verdadera distorsión de sus partes esenciales. La endeble capa criolla, poseedora de la tierra, que era la más llamada a dar su propio estilo a la vida americana, se había vuelto despiadada en la estimación de los valores de tradición que habían constituido su fortaleza en siglos anteriores; metida en un esquema social estratificado, al que no había sabido agregar nada nuevo vivificante, no halló otra cosa más adecuada que hacer de su aldea el centro del universo, y de su clan la suma de la grandeza posible. Mientras tanto, presumía de pensar y de actuar a la inglesa, a la francesa o a la alemana; pasaba largas temporadas en Europa derrochando el sudor de la gleba que quedaba en América, y luego se quejaba del atraso y de la ignorancia de sus propios paisanos, con los cuales, conforme el modo de ser de esta casta refinada y exquisita, no se podía convivir.

La inconsciente rebelión mestiza y la abulia e irresponsabilidad del criollo harán del siglo XIX hispanoamericano campo propicio para que la existencia transcurra bajo un clima de fermento social tan continuo que, mira-

do desde fuera del continente o con la perspectiva que dan los años ya pasados, se acerca muchísimo a un estado normal. Pero, dada la estructura misma del Imperio español, ¿no era lógico que así sucediera? ¿No era natural que esta informe e inmensa masa mestiza entrara en la búsqueda de su propia ruta?

Desprovista de la conciencia histórica que el criollo tenía y de la que había renegado, desdenada como conglomerado humano, apegada a una tierra que no le pertenecía, su faena de redención debía ser dura, violenta, instintiva.

Razón tiene Samuel Guy Inman cuando en su libro *El destino de la América latina* asegura que «En ninguna parte del Occidente dos pueblos fuertes en contacto y mezcla han retenido mejor su peculiar ética racial como lo han retenido los indios autóctonos y sus conquistadores iberos. Unidos han estado por la sangre, pero en espíritu esos dos pueblos nunca se han entendido entre sí, o han entendido el mundo moderno. Ambos han permanecido los mismos, con pequeños cambios, en aquellas tierras sureñas —miembros de antiguas razas no convencidos todavía de que la moderna democracia política o de que la edad de la máquina les ofrecen lo que ellos desean—. De un lado está el indio, pasivo, comunista, amante de la «buena tierra», adorador de la naturaleza. Del otro está el ibero, con la tremenda actividad del conquistador, individualista, que rehuye el trabajo, amante del poder y adorador fanático del dios de la guerra.»

Porque, a decir verdad, el mestizo, junto con ser síntesis de ambas razas, contiene en sí no sólo los imponderables que provocaron esta unión, sino también todos sus elementos antitéticos. Si con Miguel de Unamuno o al unísono con cualquier viejo criollo americano, puede decir: «Siento en mí el alma de un hombre de la Edad Media; y me parece también que el alma de mi patria es medieval», con el mismo énfasis se entregará a la pasiva contemplación del indio o sentirá una sombría satisfacción al incendiar como un salvaje la ciudad de Bogotá o al colgar a un presidente en una plaza de La Paz.

Pero, aunque sea doloroso aceptarlo, es este el material humano que América tiene, y con él que hay que contar, mal que pese a aquellos que todavía se atan a trasnochados esquemas de un hispanismo no suficientemente entendido y peor practicado. Y es asimismo en este material humano donde están concentradas las infinitas posibilidades de realización que lo hispánico puede asumir. Vasconcelos, que ha sido quizá uno de los pocos hombres de este continente que ha entendido la misión de su raza, asignó a la mezcla iberoamericana destinos luminosos. Por eso se consuela en *Bolivarismo*

y *Monroísmo*, al expresar con vívida esperanza: «En todos los órdenes, el europeo es uno que continúa una tarea, uno cuyo sitio, precisado desde su nacimiento, no variará sensiblemente en el territorio de su época. No pretendemos negar que esta suerte de misión prefijada y circunscrita permite al europeo desarrollarse en el sentido de la perfección, concisión de la obra, mucho más allá de lo que puede soñarse entre nosotros. En cambio hay algo de triste y de trillado en esas vidas que saben de antemano su límite y se aplican al riego de un solo jardín. Y no conozco nada más virilmente hermoso y casi trágico que la tarea del iberoamericano, cargado con los sedimentos de estirpes a veces contradictorias y obligado a la tarea más profunda entre todas las que ejercita el espíritu: extraer nuevos dones de la entraña de la vida, prolongar el esfuerzo en el vacío de lo intacto.»

Y continúa Vasconcelos: «Nutrirse para la eclosión del valor que no sea sólo nuevo, sino también eficaz, único, ilustre. ¿Dónde hay destino más alto y quién cuenta mejor oportunidad de cumplirlo que el joven iberoamericano? He aquí por qué ante cada problema de América poco vale la receta que de Europa nos suele venir, y mucho importa indagar en las potencias inexhaustas del alma. Pues, ¿qué otra voz si no es alguna voz nuestra, podrá gritar el *Eureka* de este continente grávido aún cuando los otros envejecen y se repiten?»

Porque el mestizaje, al intentar la bandera de la redención social en América, sea con el gesto retador y pretencioso de un Fidel Castro, sea con el ridículo cesarismo de un Perón, sea con la sangrienta y vengadora revolución boliviana, sólo está cumpliendo un destino que lleva metido en las entrañas: extender hacia todos los beneficios de una tierra «ancha y ajena», en el decir de Ciro Alegría; dar el gozo de un ámbito prodigioso a los que tienen más derecho que nadie a detentarlo. Hacer, en fin, de América, un espacio del universo donde la justicia reine porque es lugar abierto y aireado, donde más que en parte alguna debe reinar.

En esta vocación de América a hacer la felicidad del hombre, para acogerlo en su regazo como en un manto cálido y bienhechor, está, sin duda, la médula de lo hispánico, su gran tarea en el mundo moderno, su fin único como doctrina. Si alguna vigencia tienen los postulados que con generosidad se dieron en la conquista y en la colonización, en las leyes de Indias, en el testamento de Isabel la Católica y en el *totus orbis* de Francisco de Vitoria, con absoluta certeza, con la afirmación más rotunda deben ser encaminados solamente a este propósito. La América española, cuando esté dispuesta a darse sin tasa ni medida al resto del orbe, cuando las tierras del Brasil, de la Argentina, de Méjico, del Perú, de Colombia, de Venezuela,

de Bolivia, de Chile o de Cuba, acunen en su seno la risa de niños alegres y se rieguen con el limpio sudor de miles y miles de seres humanos que bajo su cielo han encontrado el alivio y la paz, entonces, y nada más que entonces, podrá decirse que está cumpliendo su misión; que está, en concreto, haciendo el trabajo que Dios le encomendara al mantenerla oculta durante tantos siglos. Sólo entonces, también, podrá ser cierto el hermoso lema de Vasconcelos, que es a la vez la gran profecía de la raza; y, asimismo, la máxima corona que puede ser colocada en su frente: «Por mi raza hablará el Espíritu.»

Para ello los pueblos americanos deben constituirse en testigos de sí mismos y erigirse en sus más severos acusadores. No se trata ya de propugnar una estrecha alianza —sea federación, unión, incorporación de unos en otros, o lo que fuere—, que tal cosa se da por descontada, pese a quien pese y llámese como se llame. Se trata, antes que nada, de empujarlos al cauce de su propia realización: como entidades humanas, como miembros adultos de una comunidad mundial, a la que hasta la fecha han permanecido ajenos y como perdidos, sin saber qué hacer ni qué partido tomar. El juego indecoroso de las naciones de opereta, con fantoches sanguinarios y castas ricas e inútiles, debe terminar. Se está jugando ahora un juego muy distinto, donde estas frivolidades infantiles no tienen cabida ni pueden tenerla; es la suerte de miles y miles de seres humanos la que está en tela de juicio y la que pende de la suprema aquiescencia de unos y otros para buscar la solución o, si ésta no está pronta a venir, para ayudarles a sobrellevar la angustia común del existir.

En el plano de esta entrega consciente y amplia, Hispanoamérica se verá obligada a renunciar a tesoros egoístas que hasta el presente han sido válidos porque no se había tenido en cuenta sino una estéril egolatría. Cara egolatría, por otra parte, que se ha convertido en el soberano tropiezo para que la puerta de escape de un mundo saturado e insatisfecho se abra de par en par con benévola acogida. El nacionalismo, cáncer que pudre las mejores actitudes de los pueblos, que si en otras latitudes reposa sobre algún fundamento, pero que en América no se basa sino en la creación de artificios vanos que amarran la acción de los hombres a preconcebidos esquemas, debe ser desterrado como enfermedad mortal. Buen papel desempeñará la educación al formar al niño y al adolescente en el respeto y la veneración de todos aquellos hombres que han servido la idea americana como una entidad total, sin preocuparse de ensalzar a los que, por circunstancias que hoy parecen lejanas y sin contenido vital alguno, se empeñaron en la primacía de su propia provincia idiomática y cultural en desmedro de las demás. En formarlos,

asimismo, en el respeto y la veneración de todas y cada una de las partes que forman este Mundo Hispánico, para que de esta manera se sientan ciudadanos de una patria sin límites geográficos y abierta hacia todos los horizontes y a todas las culturas. Sabrán así el niño y el adolescente, la mujer y el hombre, *que una es la voz de su raza y que se extiende por sobre la tierra sin quebrarse*, por encima de los lomos de los dos océanos, plena de entendimiento con su propia gente y con los que están más allá de sus fronteras geográficas y humanas.

Si con franqueza se sigue analizando el nefasto nacionalismo, que envenena la vida de estos pueblos mucho más que cualquier droga, se llegará por fuerza y necesariamente al negro asunto de los armamentos militares, que quitan el pan de la boca a millares y millares de seres humanos, los que son los más indicados para un tratamiento preferencial de los Gobiernos llamados y obligados a venir en su ayuda. Ya el Presidente de Chile, con palabras certeras, hizo repetidas advertencias al escándalo que significa en América una carrera armamentista en un continente que, conforme a sus compromisos internacionales, ha abolido la guerra, mientras las masas iberoamericanas son mantenidas en un nivel de miseria que no se compadece con un mundo donde la técnica está día a día provocando nuevas fuentes de riqueza. Pero, sin embargo, con un disimulo y una hipocresía fatales, todos los Gobiernos americanos, al paso que hacen casi diarias y formales adhesiones a la causa de la paz, estiran su mano a las grandes entidades económicas internacionales, conscientes de su papel de representantes de pueblos subdesarrollados a los que es preciso y urgente socorrer. Tal doble juego, por supuesto, no les honra, ni ménos enaltece a América en una tarea de dignificación y seriedad en las relaciones exteriores, como debería ser la suya. Esta ridícula y ruinosa carrera armamentista acarrea a los países hispanoamericanos dos males que es preciso remediar a la brevedad: la sangría que encierra para las casi siempre exhaustas arcas nacionales la compra de material bélico, dejado en desuso por las grandes potencias, las que cada día en virtud de los adelantos de su propia industria o de la ajena, están renovando sus medios ofensivos y defensivos; y el daño inmenso que involucra, en la incipiente economía de estos pueblos, el quitar de su destino lógico estos fondos, cual es, ocuparlos en el desarrollo integral de cada país.

Los vicios de una democracia representativa que sólo ahora han venido a paliarse un poco, han engendrado en la América latina una tensión permanente entre los diferentes estamentos sociales --colocados, según la expresión de Germán Arciniegas, «entre la libertad y el miedo»--, ansiosos de una libertad política y económica que permita al país respectivo un natural

y auténtico desenvolvimiento; y, por otro lado, el dictador que, en circunstancias y por medios vedados, alcanzó la suma del poder con una casta militar, social o familiar que lo rodea y defiende como la línea de una fortaleza. Es alentador y sintomático notar en América, sin embargo, sobre todo en los años de la última década, lo que podría llevar el nombre de la *democratización de la revolución*. En efecto, a los anteriores reemplazos de un dictador por otro, o de un caudillo por otro caudillo, hechos en virtud de un breve y epidérmico golpe de Estado o de unas elecciones prefabricadas, ha cedido la revuelta callejera, tumultuosa y universal, que compromete a todo el pueblo en la lucha por su libertad y su bienestar. El *miedo* ya no detiene a la gente, cogida de sus garras frías; el querer la *libertad*, prima. Claro ejemplo de este fenómeno lo dió Venezuela al derribar a Pérez Jiménez, y Colombia al hacer lo mismo con Rojas Pinilla. Sujeta a este igual patrón de resistencia popular, Cuba logra derrocar al dictador Fulgencio Batista en una franca, costosa y sangrienta guerra civil que, desgraciadamente, puede saberse cómo empezó, pero no si a las tremendas secuelas de venganza y sangre que ha traído el triunfo de su líder, Fidel Castro, se agregarán consecuencias peores. Argentina dio también la prueba patente de que las masas americanas desean entrar en un orden de convivencia de democracia cabal al poner fin a doce años de la dictadura de un hombre como Perón, cuyos desbordes lindaron en lo patológico y cuyo movimiento político y social, si bien mereció el desprecio y la risa de las personas con mayor madurez mental, sirvió, sin embargo, para sacar a Argentina de un sueño feudal y de un paternalismo agrario que la colocaban, en pleno siglo XX, en un período evolutivo de cien años atrás.

La solidaridad de destino que los americanos del Sur sienten, a pesar de la miope política de sus Gobiernos, se ha revelado más que nunca en los intentos «invasores» que se han producido en varios lugares, con el objeto de poner término a un estado de cosas que la conciencia pública americana estima que no debe continuar. Panamá, Nicaragua, Santo Domingo, Paraguay, han ido demostrando que esta conciencia existe y que, dentro de un todo, son asimismo partes neurálgicas. Si se recuerda, al respecto, el caso de Guatemala, podrá atarse otro cabo a esta serie de acontecimientos similares.

Sin juzgar a fondo cada uno de estos movimientos y las concomitancias implícitas o explícitas que con el comunismo pueden tener, es posible asegurar que ellos son el producto neto y esencial del instinto certero de un amplio espacio humano que está dispuesto a encontrar la senda precisa de un desarrollo integral que hasta la fecha le ha sido negado; de un inmenso grupo de individuos deseoso de romper un sinfín de estructuras artificiales

y ya reseca por el tiempo que, como las lianas en los bosques, ahogan la savia e impiden el crecimiento de los árboles. De miles y miles de seres humanos condenados a una existencia chata, sin horizontes, frente a un universo donde el hombre cada vez tiende a subir más alto gracias a las maravillas de una técnica que día a día le está entregando los múltiples y prodigiosos secretos de Dios. Con palabras de Miguel de Unamuno, es preciso decir que en todo este fenómeno americano debe producirse una *metarritmis*, voz del griego alejandrino y del moderno que significa «cambio de ritmo», o sea trasmutación de íntima estructura. Debe haber, entonces, siguiendo el pensamiento del gran salmantino, algo más hondo que una reforma o que una revolución --cambio de forma o de vuelta o postura--: el deseo de una íntima trasmutación que pueda hacer de un objeto otro objeto distinto, una nueva forma del mismo.

Por eso, rodeado de una tierra que es una bendición del cielo, múltiple, varia, ubérrima, el hombre americano se siente como un paria en su propio suelo, un sediento en un mar que ha salado la desdicha y la miseria; un hombre cubierto de harapos en los jardines del rey Midas. Necesita y procura con urgencia, con sufriente premura, un cambio, una trasmutación, una *metarritmis*.

En esta fundamental transformación de sí mismo debe estar empeñado el iberoamericano como ser individual, como nación y como continente. No valen para ello los prejuizgamientos de una tradición o los hábitos de una conducta uniforme; no valen, tampoco, las marcas definidas de una postura social o ideológica, ni menos las trabas complejas y artificiales de banderas, aduanas o fronteras. Detrás de todas las meras apariencias que no dejan lugar a mirar lo esencial y auténtico, y que lo ha tapado como a las olas la espuma sucia de la resaca, está la suma apetencia por el «hombre nuevo», en el sentido de San Pablo, despojado del terrible lastre que le ha acarreado más de un siglo de equivocaciones y de tanteos.

El mito y la realidad de lo hispánico se entrelazan aquí como en un torNASOL múltiple y rico. Si el diccionario de la lengua define *mito* como «fábula, ficción, tradición alegórica, por lo común de carácter religioso» y, por extensión, «cosa inverosímil», ¿será preciso considerar lo hispánico como una especie de paradigma histórico, valedero en cuanto proyección hacia el futuro, pero que jamás pudo existir como hecho concreto, como un estado ideal hecho materia y forma? Se dirá que hubo tres siglos de Imperio español, que en América se levantaron cuatro Virreinos y que las leyes de Indias son las más perfectas disposiciones legales que pudo hacer regir pueblo alguno sobre la tierra; aún así, hay que considerar que en lo hispánico hay

mucho de «fábula, ficción o tradición alegórica», y esto, no porque el Imperio español no haya tenido existencia histórica y el actual Mundo Hispánico la vida física que le dan sus componentes de Europa y América. Pero si se quiere ver en lo hispánico una actitud vital, un plasma sanguíneo puesto para dar nacimiento a un mundo pujante, nuevo, con la cara enfrentada a todos los vientos de la esplendidez del hombre, importa muy poco lo ya ocurrido, lo ya muerto, lo ya sepultado, lo que ya ha dejado de tener resonancia en el corazón de las multitudes, aunque repose en la soberbia belleza de la catedral de Méjico o en la florida transparencia del palacio de Torre-Tagle. Ahora no se trata de románticas añoranzas ni de descubrir las maravillas del barroco de Belém, Pernambuco o Bahía. Es el hombre de América el que hay que descubrir, el que hay que cultivar, en el que hay que escarbar esas esencias de sublimidad que le imprimieron una religión enaltecadora de la dignidad del hombre y un sistema jurídico y político fundado sobre la piedra angular de la igualdad y de la libertad de este mismo ser humano, hecho así por ser la criatura predilecta de Dios.

No es posible olvidar, entonces, que el mito de lo hispánico será en todo caso algo pleno, de multitud de sugerencias y de posibilidades del hombre. Si su realidad, como acontecer durante más de un siglo, es diferente y ha sido a menudo la contradicción de este mito, no significa gran cosa. Hay que recordar que el hombre de América trabaja por recobrar algo que posiblemente nunca perdió, y es como los ángeles de que habla San Juan, «que no conservaron su primera dignidad y que desampararon su morada».

El Mundo Hispánico, del que es parte integrante este hombre del sur de América, se encuentra así afectado, desde su origen como circunstancia material y espiritual, del mal y del bien a la vez, que representa el hecho de estar nutrido de un mito del que es posible no sólo extraer paradigmas salvadores, sino también sandeces o caducas formas de pensar; pero, en todo caso, provisto de una base tan sólida como son el alma y el cuerpo del hombre vistos en su integridad y en su máxima grandeza. Está afectado, asimismo, este Mundo Hispánico, de una realidad mala o buena a la vez, de paradójal desarrollo, probada ya en inauditos avatares, que la están haciendo cada vez más dúctil; pero, del mismo modo, cada vez más firme, permeable y tensa.

No vaya a creerse que al hablar de realidad de lo hispánico se está ponderando exclusivamente el fenómeno del mestizaje. De ninguna manera; se haría caer sobre éste, en forma restringida, la gran tarea del Mundo Hispánico. Al contrario; su realidad está contenida en el hombre y en el paisaje al sur del Río Bravo y en el hombre y en el paisaje de la Península

Ibérica. Tanto el español —y en esta voz se incluye la gente de España y Portugal— como el criollo y el mestizo, como el negro, el mulato y el indio, así como el inmigrante que aquí llega desde cualquier parte del mundo, se ensamblan y compenetran, o deben ensamblarse y compenetrarse para hacer marchar esta realidad.

Difícil realidad, sujeta a una distorsión inicial de todos sus elementos, es cierto. Pero, asuñismo, maleable, dúctil, propicia y deseosa de ese cambio fundamental de que se habló. Porque, como expresa tan bellamente Rilke en una de sus *Cartas*, «Hay dentro de nosotros preciosa tierra negra y nuestra sangre sólo necesita ir, como el arado, haciendo surcos. Entonces, mientras nosotros estamos cosechando, en otro extremo ya estará brotando la siembra...»

No se trata en este trabajo redentor de América, para abrirla al mundo y a sí misma en una entrega fecunda, en erigir al hombre en divinidad, como lo pretende el marxismo. Ni menos en hacer creer al hombre americano que, con un poco que se esfuerce, recobrará en esta tierra el Paraíso terrenal perdido, pues, por desgracia, la Serpiente deja escurrir con demasiada frecuencia en esta América su vieja piel podrida y nefanda. Pero sí es preciso, como señala Papini en *Descubrimientos espirituales*, la imitación de Dios. «Los hombres del Renacimiento —indica— no quieren abolirse en el admirable abismo de la divinidad, mas no piensan abolir enteramente a Dios, sino que anhelan entenderlo, amarlo, hacerse semejantes a Él mediante la indagación y el dominio de la naturaleza. Y en esta relación entre lo humano y lo divino no hay nada de irreverente y de sacrílego. ¿No es acaso el hombre, según el cristiano, la obra maestra privilegiada de Dios? Y Dios mismo, ¿no asumió un día carne y figura humanas, de modo tal que el hombre, caído en Adán, fué sublimado en Cristo? Y la naturaleza, ¿no es acaso obra admirable y directa de Dios, presente en ella, tanto que el cielo y la tierra narran su gloria y constituyen casi una segunda revelación de su sabiduría y de su grandeza? ¿Y no fué Dios mismo quien sometió al hombre todo lo que germina y vive sobre la tierra?»

Porque —y es menester continuar con el pensamiento de Papini— «el Reino de los Cielos, ¿no debe tener principio, según el Evangelio, sobre la tierra? Si la naturaleza, como clama el Apóstol, está en los dolores de parto, es decir, que espera su redención, ¿no toca justamente a los artistas —y artista es todo hombre en cuanto lleva a su término con belleza su misión en el mundo— sublimarla, tornarla más espiritual y pura, o sea más digna de ser ofrecida a Dios, de volver a Dios?».

Nada más ni nada menos se le ha encomendado al Mundo Hispánico.

Nada más ni nada menos, con prescindencia de caducas y rancias nostalgias valaderas sólo en cuanto testimonio de un pasado glorioso, al que se debe reverencia, pero no imitación sino a manera ejemplar. Con prescindencia, también, de odios claros o encubiertos que impiden una sana, equitativa y suficiente apreciación de la propia realidad, como lo exigen el grado de desarrollo de la evolución mundial y la espera cada vez más sólida de un vigoroso porvenir. Larga y sublime tarea, sin duda, la que trae consigo el ser americano, y sobre todo americano del Sur; larga y sublime tarea la del hombre hispánico en cuanto esté consciente de las dimensiones justas que su mito ha otorgado al hombre en su relación con sus semejantes y a Dios mismo en relación con sus criaturas.

El Mundo Hispánico, en este supuesto trascendente y misional que le ha sido señalado, debe sufrir una *reversión*, o sea el que a sí mismo se restituya valores anteriores que ha forjado el mito o la fábula hispánica en su tradición alegórica; y esa *metarritmis* a que se hizo referencia en el sentido de un cambio de tiempo, una mutación de ritmo que lo coloque en el centro de lo que efectivamente representa como interpretación cabal de lo que el hombre requiere y pide.

Vano intento será entonces que pretenda despojarse de una leyenda que lo enaltece, lo edifica y enseña en los aspectos más capitales e importantes de la vida humana. Porque en ese relato maravilloso del Imperio español, con sus taras y sus glorias, su villanía y su sublimidad, se origina la corriente vital de su propio crecimiento y su visión del contorno no puede sino encuadrarse en los marcos que así lo moldearon. Inútil es también que le repugne su realidad nada más que porque es dispar, ancha y no sometida a un orden preestablecido, porque en ella están su ser y su cúmulo de posibilidades.

b) ESPAÑA Y LA CONCIENCIA HEMISFÉRICA

Dentro de este ambivalente sujeto de lo hispánico y en su concreción histórica, actual y física, que es el Mundo Hispánico, aparece España como núcleo central, como idea nutricia y ejemplar. Si, junto con ser el finisterre de Europa y de la cultura occidental, se la considera en su carácter de raíz profunda donde los orígenes del mito de América se alojan, se podrá apreciar que no es posible prescindir de su presencia y de su identidad en el tiempo al ocuparse de un mundo nacido a su imagen y semejanza.

En las páginas anteriores se analizó la cara interior del Mundo Hispánico, su «ser en sí», como se expresaría un filósofo. Queda por ver aho-

ra el lado exterior, la confluencia de esta realidad varia y múltiple hacia otras fronteras y hacia otros ámbitos.

El primero de ellos es España; el segundo, Estados Unidos. Gracias a América, España pudo concretar, en tres largos siglos de descubrimiento, conquista y colonización, el sentido de su historia, su calidad de pueblo abocado a una vocación expansiva que lo hizo volcarse de modo necesario sobre el Nuevo Continente. Enquistado en un territorio hispánico, Estados Unidos pudo adquirir, en virtud de esta misma América y debido a un receso temporal de la actividad vital de una raza, su propia fisonomía como nación y el afán agresivo que lo singularizara, frente a los países meridionales, en el siglo XIX. En efecto, extensos territorios hacia el Atlántico fueron comprados a España, y la epopeya de la marcha hacia el Oeste, que dió la conformación definitiva a Estados Unidos, hecha en el siglo pasado, se hizo no sobre tierras de indios salvajes como lo asegura la leyenda, sino, en la mayoría de los casos, sobre poblados cristianizados por misioneros españoles; o, peor aún, sobre territorios de una nación soberana, Estado-sucesor del Imperio español, como es el caso de la conquista de Nuevo Méjico y California o la incorporación de Tejas como Estado norteamericano.

La política de Estados Unidos con respecto a España ha sido sabia. Con el permiso o, al menos, la no oposición de España, el ínfimo núcleo de los primeros *peregrinos* pudo establecerse en tierras americanas. Conquistada la independencia de Estados Unidos con su ayuda, el ímpetu colosal de las primitivas trece colonias bordeó primero el Atlántico en gran parte de su extensión septentrional y, más tarde, el Pacífico, todo a sus expensas o a expensas de Méjico, su débil Estado-sucesor. En el declinar del Imperio español, y cuando se produjeron los iniciales afanes revolucionarios de las provincias españolas de Ultramar, mantuvo una discreta neutralidad, sin perjuicio de aprovecharse de la libertad de comercio proclamada por las nuevas repúblicas y de establecer, con varias de ellas, relaciones *sui generis* de índole político-comercial. Producida ya la emancipación de la mayoría de los territorios americanos, al proclamar la doctrina de Monroe, en 1823, ponía, teóricamente por supuesto, a España fuera de América. Durante toda su etapa de consolidación de fuerzas y de expansión que fuera para Estados Unidos el siglo XIX, la doctrina de Monroe fué aplicada como doctrina norteamericana en los casos en que a Estados Unidos convenía aplicarla. La zona del Caribe, primero, y más tarde la del canal de Panamá, se convertirían en el *mare nostrum* norteamericano. Y en el sentir de los presidentes de la gran República durante la pasada centuria, eso debería necesariamente ocurrir. La isla de Cuba, centro y eje de ese mar Caribe, al decir de uno de ellos, caería

en manos norteamericanas como fruta en sazón. Por fin esto llegó en la guerra de 1898, en un conflicto que a todas luces parece haber sido provocado por Estados Unidos. Cuba, Puerto Rico, en las Antillas; las Filipinas, Guam y otras islas del Pacífico, restos del Imperio, fueron el resultado de esta contienda; y el tratado de París que ajustó la paz entre España y esta hija de habla inglesa señaló la definitiva expulsión física de España de las tierras de América.

Estados Unidos pudo entonces realizar en Hispanoamérica la política que le convino. Paralela a una franca tendencia imperialista que abarcó la mayor parte del hemisferio occidental, con rebrotes más intensos en las zonas cercanas a las fronteras norteamericanas, en especial Méjico y los países del Caribe, tendió más tarde a organizar el descuartizado mundo de lenguas ibéricas que, como fenómeno sociológico digno de meditado estudio, trataba de encontrar sus reales cauces en balbucentes intentos. Así nació, como concreción jurídica de la política de Estados Unidos, el Panamericanismo, que desde 1890 pretende efectuar un ajuste de las dos Américas en un plan de convivencia recíproca.

El Panamericanismo, que acumulaba en sí una serie de aspiraciones vagas de solidaridad hemisférica, olvidaba o pretendía olvidar la desigualdad evidente que había entre esos dos inmensos trozos de humanidad que deseaba ensamblar. Por una parte, la dispersión y la total debilidad de los países hispanoamericanos, su romanticismo trasnochado, la falta de conciencia de lo que se es y de lo que es el ámbito humano que lo rodea, característica del hispanoamericano; por otra, la unión y fortaleza de Estados Unidos, su carácter de gran potencia en vías de constituirse en la potencia mundial; la sabia y rectilínea política internacional norteamericana. Era algo difícil conciliar ambas cosas y, durante años, las conferencias interamericanas no pasaron de los límites de los buenos deseos de tan disímiles asociados.

Sin embargo, a partir de las de Santiago de Chile, en 1923, y La Habana, en 1928, el sistema panamericano empieza en forma rotunda a tener conciencia de que es menester realizar una labor conjunta y de que es posible realizarla. En cierto modo, estas dos conferencias son la base de la organización jurídica posterior del continente americano.

El Panamericanismo empieza a jugar un papel decisivo en la política internacional del hemisferio con la Conferencia de Consolidación de la Paz, celebrada en Buenos Aires con asistencia del Presidente Roosevelt. A pesar de su nombre, pues tendió a la organización americana al producirse el término de la absurda y criminal guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, podría llamarse, con más justicia, de «Preparación para la guerra», o sea de

la guerra mundial de 1939. En efecto, mediante ella, Estados Unidos, al prever el conflicto que se avecinaba y el papel que en dicho conflicto jugaría, deseaba obtener de los países hispanoamericanos la garantía para hechos futuros que necesitaba. Esta garantía la obtuvo efectivamente al sancionarse, como principio jurídico americano, el de la *solidaridad*, en virtud del cual el ataque hecho a cualquier país americano afecta al resto de estos países. El Panamericanismo, desde la teoría vaga que había sido en sus principios, con frases declamatorias y afirmaciones idílicas en las que nadie creía, pasó luego a constituirse en el arma más poderosa de la organización jurídica americana a partir de la Conferencia de Santiago de Chile de 1923; pero al realizarse la de Consolidación de la Paz tuvo un claro contenido político, contenido que empezó a tomar cada vez mayor importancia e interés en las conferencias siguientes. El mecanismo de las reuniones de consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores, que éstas crearon, revelaba netamente la condición, aceptada por toda América, de ser un cuerpo común ante cualquier emergencia internacional.

La Conferencia de Bogotá de 1948 dió al hemisferio occidental la Carta básica de sus relaciones internacionales y de su constitución como cuerpo jurídico y político solidario al suscribirse la creación de la Organización de Estados Americanos (O. E. A.), la que podría definirse, de acuerdo con lo que dice Barros Jarpa, de las Naciones Unidas, como el conjunto de los Estados americanos organizados.

La idea de que el Panamericanismo es la sombra de Estados Unidos proyectada hacia Hispanoamérica debe hoy día ser abandonada, por cuanto es insuficiente para explicarlo. Más valdero resulta creer, aun en contra de muchas evidencias, sobre todo ya pasadas, que él obedece a algo más complejo y, todavía, si se quiere, a una necesidad del hemisferio occidental. Es menester dar por descontado que América, la América en su totalidad, tiene problemas comunes que deben ser dados en soluciones comunes. No hay que cerrar los ojos a esta certeza. Si románticamente se ve, como Rodó, una Hispanoamérica inerte y virginal frente a una América sajona imperialista y avasalladora vestida de Calibán, no debe olvidarse tampoco que el hemisferio occidental *está conformado* desde sus orígenes en esta antinomia, y que contra su realidad no es posible luchar. Sobre todo si se piensa que esta suma realidad americana que es la conciencia hemisférica —una unidad a pesar de las diferencias de lenguaje y de haber idiosincrasias distintas—, en su mismo choque dialéctico podría ser capaz de producir una hermosa síntesis cultural que desgraciadamente nada anuncia por el momento, pero que puede estar brotando en Venezuela, la América Central o el Caribe, o en

otra parte de la América latina, pues ese encuentro violento de dos visiones del mundo tan dispares como son la del Norte, alimentada con las voces de tan disímiles culturas, pero en todo caso con el sedimento anglosajón siempre notorio, y la del Sur, hecha de contradicciones, de fallas, de altos sueños, pero provista de un sentido integral y a menudo profético de los hechos y de las cosas, puede ser capaz, por su misma extensión y variedad y por el ritmo conjugado que ofrece, tan diferente al europeo —medido, cauto, limitado—, de resolver la actual y futura disyuntiva del hombre occidental.

De ese hombre occidental que no se conforma con su servidumbre humana, que tiende hacia el más allá con el espíritu *fáustico* de que habla Spengler; de ese hombre cuyos límites —en tiempo, en espacio, en dimensión corpórea— le han resultado siempre estrechos, mancos, desprovistos de la universalidad que siente dentro de sí y que lo enloquece en ansias no logradas. De ese hombre que fué hecho en el espíritu del Evangelio, en el «sed perfectos como el Padre celestial es perfecto»; de ese hombre, en fin, que ha trasplantado su vivir a América en la esperanza de sentir este vivir renovado, en una metamorfosis radical y con un acabado concepto de su estar en la tierra como el ser dilecto de Dios.

En esta labor sobrehumana, América entrega al hombre occidental la desmesura de su geografía y el misterio de un mundo aborígen que fué capaz de crear el templo del sol de Tiahuanaco y el perdido imperio maya. Para eso, junto al mestizaje biológico, España provocó en América el mestizaje espiritual hasta imprimir en forma indeleble el espíritu cristiano-europeo en el indio americano y dejar para siempre todas las esencias de la cultura occidental en el alma colectiva autóctona de América. El español, junto con reconocer físicamente el mundo exterior que le había estado vedado en la estrecha Europa, encontró las exactas dimensiones que su ansia de lejanías le había pedido durante siglos. Sólo en América, lugar de amplitudes inusitadas, pudo hallar España la medida precisa para su genio militar y político que la cerrada Europa no permitía.

De aquí nace, como de otras fuentes, la libertad de América, su condición implícita de lugar de creación y de re-creación. Hay una suprema actitud del hombre que sólo en las dos Américas, en la del Norte y en la del Sur, por diferentes sendas, ha podido darse y seguirá dando en abierta amplitud. Es el libre arbitrio de crear, del crear intenso, ilimitado, de ciudades, de provincias, de imperios. Creación asimismo de nuevas cosas, de nuevos seres, de nuevas visiones y de nuevos objetos. En ninguna parte como en los territorios de las dos Américas el europeo trasplantado ha sentido mayor em-

briaguez creadora y ha extendido más su propio espacio geográfico y humano.

Tal ha sido la tarea de los dos pueblos europeos colocados al margen de la vida interior de Europa y estimados casi como no pertenecientes a ese núcleo central que marcó la evolución de la personalidad histórica y de la cultura del Viejo Continente. Inglaterra y España han sido el cauce abierto, el puente echado sobre el mar para el constante transvasijar de una cultura que llevaba en sí misma, como imperativo de existencia, el «saltar hacia afuera», el ser una «geografía en movimiento», que en su proceso íntimo de desarrollo no podía ni debía quedar estancada y quieta, so riesgo de desaparecer y de anularse o de ser anulada o corrompida por la vecindad de viejas civilizaciones asiáticas o africanas que la acosaron y asediaron durante siglos. Por eso América salvó a Europa de una petrificación o de una disolución que, tarde o temprano, habría venido si España primero e Inglaterra después no hubiesen abierto la válvula de escape que significó el descubrimiento y la pronta colonización de las nuevas tierras. Al cumplir su destino, ambas dieron a Europa su exacto contenido como cuerpo expansivo de cultura, y en la incorporación de los territorios americanos pudo operarse la revivificación del ser europeo que ya empezaba, en los siglos que precedieron al Renacimiento, a la Reforma y a los grandes viajes marítimos, a tener el tenue color de un otoño prematuro, como puede apreciarse en las tablas de los maestros flamencos del ocaso del Medievo y en la literatura y el arte de los siglos XIII y XIV. A la pesimista posición de Spengler, de que «el hombre del Occidente europeo no puede ya tener ni una gran pintura ni una gran música, y sus posibilidades arquitectónicas están agotadas desde hace cien años», es posible responderle con sus mismas palabras, de que «hay que comprender justamente que la realidad no es sólo realidad sensible y que el alma puede realizar su idea en muy otras formaciones que las imágenes de la intuición». Y estas posibilidades las ha hallado el hombre europeo en América, y las seguirá hallando a medida que se produzca una más íntima compenetración, relación y mezcla entre los acervos culturales del norte y del sur de América y en el despertar, en este último, del escondido resabio de sus esencias hispánicas y telúricas.

Por eso el hombre americano podrá repetir con el *Fausto* de Goethe: «Un anhelo de dulzura incontenible — me empujaba por las selvas y los prados, — y derramando lágrimas ardientes — sentí que un mundo a mí se entregaba.»

No es Inglaterra, sin embargo, dentro del hemisferio occidental, la que debe proseguir una tarea que dejó terminada al emanciparse Estados Unidos

en el siglo XVIII. Porque, en su caso, en la epopeya conquistadora y colonizadora, al fundarse los establecimientos de los primeros peregrinos en el norte de América, no dejó empeñados, como España, su propia vida como nación ni su sentido fundamental como grupo humano; no fué ni misionera ni autora de nuevas dimensiones en la carne y en el espíritu humanos como ésta. Si bien se analiza, la independencia de Estados Unidos no trajo una *capitis deminutio* de Inglaterra en el plano internacional; a la inversa, ningún período de su historia tuvo más opulencia y más brillo que el siglo XIX, hecho al margen de su colonia trasatlántica y cuando la emancipación de Estados Unidos se había producido hacía ya muchos años. La época victoriana, que señaló la cúspide del poderío inglés, comprendió una Inglaterra mercantil e industrial con factorías en Asia, Africa y América; pero desentendida totalmente de la política que pudiese llevar Estados Unidos, que había emprendido el trabajo de su propio desarrollo siguiendo las líneas matrices de Inglaterra. Todo esto, por supuesto, sin negar a Inglaterra su calidad de madre patria en cuanto a la formación de una nueva cultura en el continente americano, sobre todo en cuanto su propio idioma ha sido el eslabón gigantesco que ha unido y ha servido de enlace y medio de fusión para dar a luz una original proyección humana.

A pesar de lo último, en el complejo sociológico de las Américas no es posible considerar a Inglaterra sino en cuanto mero país europeo, sin otra resonancia dentro de este mundo particular que la que tiene y debe tener toda Europa; pero sin hincapié especial, salvo en la corriente permanente que fluye, pero sólo para Estados Unidos, de la circunstancia de haber entre ambos un idioma común.

Diferente es la situación de España, la que ha sido un pueblo con un sentir universal y americano tan espléndido que ha preferido deshacerse, en una entrega permanente, a mantener incólume su carácter de potencia nacional sin dar nada de sí. Si se usa la bella idea mitológica de Díez del Corral en su libro *El rapto de Europa*, que aplica a ésta y a la cultura europea en su peregrinaje mundial, se podría afirmar que, desde hace casi quinientos años, América ha raptado a España de Europa en un rapto de amor que indica aquiescencia de la raptada. A decir verdad, poco tiene que hacer España en el Viejo Continente, al cual pertenece de manera física. Su espíritu, su destino, están en una América que ella ha ido conformando a su imagen y semejanza desde su descubrimiento.

Un continente nacido a la libertad, como América, en el cual han echado raíces las dos culturas más universales de Europa, necesita contener en sí el elemento unificador y, a la vez, enriquecedor de sus partes, cual es la Penín-

sula Ibérica. Ese elemento que, como la levadura, ha hecho crecer en América la semilla del hombre nuevo, debe estar presente en ambas Américas y en la organización que el grupo de pueblos americanos se haya dado o deba darse.

En la tarea del Mundo Hispánico debe estar asociada España como factor entrañable de fusión y descubrimiento del sentido de la común cultura, porque, como asegura Spengler, «toda cultura superior es la realización y la forma de un alma única y determinada». Y no hay que olvidar que España predeterminó en la suya la existencia de las dos Américas. Y debe estarlo también Estados Unidos, que en el desarrollo del hombre integral americano ha sido, con dos siglos de adelanto material, el punto de avance de América en la técnica y ese enlace permanente con Europa que los países del Sur rompieron al independizarse de la Península:

«La vida como placer —expresa Vasconcelos—, han dicho los moralistas puritanos, es un vicio de los países degenerados y corrompidos del Sur. Pero cada vez que un hombre de espíritu visita los Estados Unidos observará, como Tolstoi y como el propio Keyserling: «Se vuelve loco, no sabe qué hacer de sí mismo un norteamericano cuando le falta la tarea», «carece de vida interior», «no resiste la soledad, no sabe vivir porque no sabe gozar en el sentido alto de goce del espíritu». Se advierte en seguida —agrega—, por contraste, la ventaja de una tesis como la que a menudo se ha propuesto, de una cultura a base de goce estético; entendiéndolo por goce estético la supremacía de lo espiritual, permanente y profundo, sobre la temporalidad del apetito, la superficialidad del simple razonamiento. Insistamos en que gusto o goce estético no es gana ni apetito ni sólo sensibilidad, sino, al contrario, supersensibilidad, melodía del espíritu y parentesco del Hacedor Supremo.»

América, como continente de síntesis humanas y como vasto crisol donde se está haciendo el nuevo ser del hombre occidental, no debe mirar a Estados Unidos como la suprema realización, sino sólo como la escala mayor a que se ha podido subir en la carrera de sorpresas que el continente tiene reservada al hombre occidental, al que tenderá a magnificar más y más. En sus *Meditaciones sudamericanas* escribe el conde de Keyserling: «En Sudamérica encontramos indicios de una concepción autóctona y original del Universo, la cual reposa en la primacía de la delicadeza. El argentino Lugones postula para su país una cultura al modo antiguo, basada en la belleza...» Y más adelante comenta: «El tercer período corresponde a la concepción emotiva de la vida... Será regido por el sentimiento estético, el sentimiento inefable... En él la conducta de los hombres no se orientará ya por la pobre

razón que explica, pero no descubre, sino por la emoción creadora y por la alegría persuasiva.»

Por todo esto, ¿no es posible sugerir, pensar y actuar de manera que este alto concepto del vivir que el hispanoamericano tiene sea injertado, transvasado, adecuado a la civilización mecánica que Norteamérica posee y que en cierta medida se ha introducido y se introducirá cada vez más en estos pueblos del Sur por exigencias mismas del proceso tecnológico que el mundo entero está sufriendo? ¿No está llamando la evolución lógica de los acontecimientos a una suma y compendio de las actitudes básicas y fundamentales de ambos conglomerados humanos? ¿No sería esta síntesis un soberbio disparo hacia lo alto, una nueva y colosal oportunidad del hombre? ¿Por qué han de estar los hispanoamericanos en perpetua posición de raza resentida, deshecha y sin horizontes, cuando dentro de sí y en su relación exterior cuenta con tan espléndida posibilidad? ¿Por qué no puede Hispanoamérica humanizar la civilización norteamericana, que hoy parece decaer en su puro afán utilitario y práctico? ¿Por qué no decir con Juan Ramón Jiménez: «Y esa luz de bruma y oro, -- que pasa las hojas secas, -- irisa en mi corazón -- no sé qué ocultas bellezas»?

Basta ya, para el Mundo Hispánico, de ese negativismo a constituir un solo todo con Estados Unidos, contra el que ha debido clamar durante más de un siglo en virtud de su propia incapacidad para señalarse a sí mismo una propia e integral conciencia de ser. No se pretende aquí, de ningún modo, preconizar una absorción ni una liquidación del acervo hispánico, pues sería absurdo, imposible y suicida. Antes que nada es preciso exaltar y bucear en el ser hispánico lo valedero y permanente, su sublime condición, su capacidad de nutrirse de disímiles esencias, su carácter universal que le han dado, desde su formación, los diferentes grupos humanos que encierra y los imponderables que el impacto hispano-lusitano le imprimió desde su nacimiento. Pero sí debe adentrarse en la conciencia del hispanoamericano que no sólo es una entidad geográfica única con Estados Unidos, sino, de la misma manera, un común complejo sociológico y cultural sometido a un idéntico plan de desenvolvimiento y al mismo destino de ser la reserva, la puerta de escape, el resumen y la ampliación y prolongación del Occidente europeo.

Por eso señala muy bien Unamuno que «Con frecuencia se saca a relucir a este propósito la famosa teoría de los *ricorsi* o reflujos de Vico, los altos y bajos en el ritmo del progreso, los períodos de descenso tras los de ascenso, los de decadencia tras los de florecimiento. Y aquí entra -- prosigue -- la condenada concepción lineal que hace que se esquematice el progreso en una serie de ondulaciones ascendentes.»

«No, no es eso —son sus palabras—; es una serie de expansiones y concentraciones cualitativas, es un enriquecerse el ambiente social en complejidad para condensarse luego esa complejidad organizándose, descendiendo a las honduras eternas de la humanidad y facilitando así un nuevo progreso: es un sucederse de semillas y árboles, cada semilla mejor que la precedente, más rico cada árbol que el que le precedió. Por expansiones y concentraciones, por diferenciaciones e integraciones, va penetrando la Naturaleza en el Espíritu, según éste penetra en aquélla.»

Preciosa síntesis que no debe ser ni una vaga ilusión ni una balbuceante quimera. En el tiempo en que se vive, que parece ir realizando con maravillosa armonía los más luminosos destinos del hombre, no es del caso encerrarse en un discutible buen tono de romanticismo sin médula, para llorar las ruinas de una civilización o de un arquetipo humano considerado único y ejemplar durante siglos. Es preciso mirar solamente en derredor y contemplar la fabulosa riqueza de posibilidades que tiene un Mundo Hispánico casi intocado hasta la fecha, pero que, para que surja en sus verdaderas y virginales dimensiones, debe romper sin piedad, sin pena, con alegría profunda y creadora, la caparazón de prejuicios que lo ha atado a un pasado muerto, o que lo ha hecho permanecer expectante sin atreverse a adentrarse con gozo en el ruído cauce de la Historia. Quizá si, al respecto, haya de tenerse el fatalismo de un Spengler y decirles, gritarles con voz destemplada, a las gentes hispánicas: «Quien no comprenda que nada puede alterarse a ese resultado final, que hay que querer eso o no querer nada, que hay que amar ese sino o desesperar del futuro y de la vida; quien no sienta la grandezza que reside en esa eficacia de las inteligencias magnas, en esa armonía y disciplina de las naturalezas férreas, en esa lucha con los más fríos y abstractos medios; quien se entretenga en idealismos provincianos y busque para la vida estilos de tiempos pretéritos, ese... que renuncie a comprender la Historia, a vivir la Historia, a crear la Historia.»

¿Qué precio tan duro ha de pagar el Mundo Hispánico si en esa tarea está precisamente su misión? ¿O estará siempre tan ciego que, como los discípulos de Cristo, ha de preguntar con simpleza si es El el Mesías, o será preciso esperar a otro? La época tecnológica que el norteamericano vive ya sin demasiada sorpresa, y que en Hispanoamérica avanza con pasos de gigante, ¿no está indicando que es necesario que se efectúe esa *metarritmis* de que se habló, porque, en caso contrario, la misma técnica será la dominadora, y no los hombres ni del Sur ni del Norte? ¿O será preciso llegar a la conclusión de que el Mundo Hispánico, y la sabana indígena que corre sin estridencia en el fondo de su ser, son incapaces para comprender el mundo mo-

derno y quedarán a la zaga de las corrientes contemporáneas, como los *fellahs* de Egipto?

Por desgracia hay muchas amarras para que pronto pueda producirse en el Mundo Hispánico una eclosión fundamental que le señale su voluntad de ser y de realizarse. Fronteras, envidias, rencores nacionales, visiones lugaresñas, hermetismo severo para abrirse a campos que se estima vedados, todo ese cúmulo de inconvenientes retardan cualquier viraje decisivo. El Panamericanismo todavía no alcanza la madurez que le exigen los tiempos actuales y se ha quedado con el rezago de un siglo, un poco a causa de las ideas protectoras y directivas de su creador, Blaine, y un poco también por culpa de los mismos países hispanoamericanos que no han tenido el suficiente empuje, dentro de la organización, para convertirla en herramienta propicia para un entendimiento total americano, que incluya también a España. De hecho y jurídicamente ésta ha sido dejada al margen de la vida del continente, lo que es un grave error, un error craso. Con mayor razón, y dadas las circunstancias históricas que determinaron la formación del sistema panamericano, quedó asimismo fuera de él. Consideraciones de orden político e ideológico que son de todos conocidas han alejado por el momento esta posibilidad. Pero es menester preguntar y preguntarse. ¿No es la misma España la que permanece y es indispensable a los países hispanoamericanos, a pesar y sea cual fuere el régimen de gobierno que se dé a sí misma? ¿Desaparece España y la comunicabilidad de sus valores por el hecho de que tenga la posición política X o Z? En el plano humano en que estas situaciones se están contemplando, en el plano de la salvación, conservación y enriquecimiento de la cultura occidental, que por ahora *no tiene otra solución que la América entera*, estos factores, que para mucha gente revisten una importancia capital, apenas si deben ser considerados.

Daño inmenso se hace a sí mismo el Mundo Hispánico si se sigue alimentando de odios propios o ajenos, porque lo único que obtendrá será la esterilidad. Y la esterilidad en el odio es la peor. Igualmente no puede ya admitirse que cada miembro del Mundo Hispánico continúe negando al vecino o al de más allá, o acumulando defectos o taras en su contra sin detenerse a considerar los que individualmente le pertenecen que, con seguridad, como los demonios del Evangelio, son legión. Llegará el día en que la evolución de los acontecimientos mundiales los encuentre definitivamente destruidos, al pequeño país y a los otros pequeños países. Porque aquello de que «vinieron los sarracenos y los molieron a palos...», es muy vulgar, pero en todo caso de una certeza práctica y dolorosa.

Al tratar el eterno problema del Mundo Hispánico no se pretende lle-

gar a utopías irrealizables ni echar sobre los hombros de los pueblos que lo forman pesos imposibles de llevar. Se quiere sólo hacer un recuento detenido de lo que este Mundo Hispánico es en sí, de considerar lisa y limpiamente, pero con verdadero amor, los factores que abonan la tarea del resurgimiento. Pero esto no será obtenido mientras el hombre de América y el hombre de España y Portugal, el norteamericano y el sudamericano, no se desahagan de esa red de prejuicios que los sofocan; mientras no modifiquen esa conformación mental que ha reducido a este Mundo Hispánico a ser una gigantesca lumbre apagada.

Precisas palabras las de Unamuno, que ya en 1896 clamaba contra la juventud de su país y vociferaba: «Son libres, nada se opone a la libre irradiación de sus ideas, si las hubieran conquistado; son libres, pero sin tierra espiritual virgen y fecunda. Trabajan a jornal bajo la mirada del capataz y apenas se rebelan como no sea para pedir aumento de salario. ¡Y qué apego tienen al terruño de que son siervos adscritos! Jamás se les ocurre emigrar a nuevas tierras espirituales, a selvas, vírgenes en su mayor extensión todavía. Todo menos desasirse del viejo campo tradicional, del que fué de sus tatarabuelos y es hoy de los años que les explotan el espíritu, de los que les ponen a bailar y a hacer fumambulescas piruetas en la cuerda floja de nuestro salado ingenio nacional para que el pueblo soberano pape moscas absorbo. El que huye y se va a los campos libres es un forajido, un vagabundo, un miserable o un chillado.»

Y continúa: «Esta es una sociedad cristalizada en que los individuos se mueven sincrónicamente y a batuta, en ejes fijos..., ¡qué orden! No basta cambiar de postura con una revolución, ni de forma con una reforma; hace falta una metaritmisis que destruya su estructura psíquica íntima.»

¡Cómo convencer a los gobernantes de estos pueblos que el gran problema de los países hispanoamericanos no es el de ser subindustrializados, sino el estar en una etapa de desarrollo mental que no indica inferioridad racial o flaco desenvolvimiento del espíritu, pero sí incapacidad para adentrarse y para comprender el mundo moderno! Hay una especie de impermeabilidad que hace que sobre el duro frontón de la manía discursiva hispanoamericana rueden los hechos y los problemas más candentes y de mayor urgencia, como las gotas de lluvia en una tarde de plácido otoño.

Por eso, mientras Estados Unidos y Rusia, cada uno conforme con su genio nacional, han penetrado en la selva tecnológica que transformará al hombre en el amo de la naturaleza, el Mundo Hispánico permanece todavía en la etapa en que el juicio no madura y pretende continuar su juego de perpetuo adolescente. Es necesario preguntarse si este grupo humano tiene al-

guna idea de las realidades políticas mundiales, de los grandes problemas humanos y de la tierra, del capitalismo, del porvenir del Estado, de las relaciones entre la técnica y la marcha de la civilización, del comunismo; en fin, de la ciencia y del proceso tecnológico que todo lo está revelando y transformando.

Si se analiza con detenimiento, parece que poca o ninguna tiene. Parece, asimismo, que no desea creer que todas estas determinantes de la época tuviesen la importancia que tienen.

Si el Imperio español fué en su época el promotor y el mago que desató corrientes de pensamiento y de acción, ¿por qué España y el Mundo Hispánico que ella hizo no pueden tener este mismo poder en un futuro próximo?

Esa es la esperanza que queda, con España dentro de la órbita política, social y económica del hemisferio occidental.

c) LASTRES. LIMITACIONES Y PROYECCIONES

«¡Un hombre nuevo! — exclamaba con fervor Unamuno —. ¿Hemos pensado alguna vez con recogimiento serio en lo que esto implica? Un hombre nuevo, un hombre verdaderamente nuevo es la renovación de todos los hombres, porque todos cobran su espíritu, es un escalón más en el penoso ascenso de la humanidad a la sobre-humanidad. Todas las civilizaciones sólo sirven para producir culturas y que las culturas produzcan hombres. El cultivo del hombre es el fin de la civilización, el hombre es el supremo producto de la humanidad, el hecho eterno de la historia. ¡Qué hermosura el ver surgir de los detritus de una civilización un hombre nuevo! Da el árbol moribundo su suprema semilla, se hunde, y podrida su madera sirve con los rastrojos de su follaje de mantillo fomentador del árbol nuevo. Un hombre nuevo es una nueva civilización.»

Y es esta exigencia y este deseo que expresa Unamuno la exigencia y el deseo que soterradamente parece inundar con su brillo las entrañas de las diversas capas de la civilización occidental. Bajo una engañadora nube de nihilismo espiritual que la embarga está este anhelo de un cambio profundo, un ansia severa de volver a los valores de origen, a la más íntima esencialidad del hombre.

El agotamiento cultural de Europa anunciado por tantos profetas de las décadas inmediatas a las dos conflagraciones mundiales, fuera de revelar un negro pesimismo y la suprema duda de la continuidad histórica de una civilización que no ha debido su vitalidad a la propia de cada pueblo que la en-

gendró, como sucedió con las civilizaciones de Egipto, Asiria, China, Grecia o Roma, sino al sentido específico que ha tenido del ser fundamental del hombre, no parece tener mayor asidero en el día de hoy. Occidente, luego de dos guerras mundiales y tan decisivas, destructoras y espantosas como jamás la humanidad las sufriera, deshecho en ambas y en la segunda dividido geográfica e ideológicamente en dos porciones antagónicas, con el virus corrosivo del comunismo que lucha por desplazarlo y destruirlo, restablece sus heridas, cura sus dolores, se levanta de su anonadamiento y se coloca de nuevo en la cima del desenvolvimiento humano. Ejemplar y decisivo es el caso de cada uno de los países europeos; ejemplar y, si se quiere, conmovedor: allí está Alemania con su resurgimiento; allí está Francia; allí está Inglaterra; allí Italia; allí España que se anticipó en esta catástrofe universal y trató de destruirse a sí misma por sus propios medios. Cada cual puede servir de modelo en la demostración de una voluntad de ser que no equivoca su ruta porque la siente de antemano como suya.

No hay un proceso de decadencia en la cultura occidental, como con reiteradas voces han amenazado los falsos augures. Lo que ha habido es simplemente una reducción elemental de posiciones que ha hecho, por un lado, que el Occidente haya cambiado su centro de irradiación hacia el norte de América; Europa se haya limitado a sus términos geográficos y, por otra parte, que el caudal tecnológico europeo se haya vaciado a grandes masas de población y haya provocado la resurrección y la organización de viejos pueblos como India, China o la Unión Soviética, que hace veinticinco años o menos permanecían al margen de la corriente mundial de evolución. Pero, ¿qué puede importar que el centro de irradiación de la cultura occidental no sea ahora Londres, París o Madrid, si en todo caso el ritmo de ascenso de ella no se ha detenido; si, al contrario, desde Washington o Nueva York prosigue con un ímpetu que el siglo XIX, que señaló con Inglaterra la cúspide del dominio universal de Europa, jamás soñara? Si se estima con fundada razón, que esto es lo único que importa no será necesario que con Spengler sean cantados los responsos de Occidente. Pero es explicable tan fúnebre posición en un autor como Spengler, que, si bien se mira, no habló jamás de Europa como complejo racial compuesto de sedimentos de los pueblos más diversos, sino que hizo especial hincapié en el nórdico o, más bien, en el elemento ario o indoeuropeo que a Europa, sobre todo a la del Norte, singularizó. Pero a la verdad no es éste el único elemento que se destaca en el kaleidoscopio europeo, ni el más fundamental. Ni menos puede estimarse así si lo occidental se aprecia en su totalidad al englobar el Mundo Hispánico y Estados Unidos. El complejo racial en ambos casos es vasto,

vario, múltiple y puede recorrer casi todas las gamas de los pigmentos humanos. Si con mayores razones que hoy no fué posible sostener en el siglo XIX la peregrina idea de la superioridad del nórdico sobre los pueblos latinos de Europa, con muchísimo menos fundamento podrá asumirse la defensa de tan trasnochada e insidiosa teoría, que pretende volcar la culpa de una cierta e hipotética decadencia de determinados países, grupos de países o únicamente castas sociales o ideológicas, sobre un compuesto humano siempre más importante e interesante que aquellos que hacen de él una mínima parte, por muy sobresaliente que haya sido el papel que desempeñaran en épocas ya pretéritas.

Porque el Occidente, como ya se ha repetido y se ha dicho en todos los tonos, encuentra en las dos Américas su ensanche natural; con mayor antelación, Estados Unidos ha podido producir un desarrollo humano del más soberbio empuje. Sin embargo, no está en el mismo pie la América latina, la que ella misma, según las palabras de un profesor chileno, se halla «frente a serios problemas de una población mal alimentada que no alcanza a cubrir sus necesidades más elementales, pues el problema no consiste exclusivamente en producir más alimentos, sino en qué forma la gente puede adquirirlos». Por otra parte, esta misma población hispanoamericana está aumentando cada día más y más, en una proporción que la coloca entre los grupos humanos de más alto índice de natalidad en la época actual. Se dirá que un continente que no tiene la suficiencia necesaria para sí mismo en algo tan elemental como es la alimentación de sus masas hambrientas y desnutridas, con poquísimo interés deseará entrar en la liza de una lucha de gigantes, en defensa de una cultura que hasta la fecha le ha sido tan mezquina en sus posibilidades civilizadoras. Por otro lado, poco llano se encontrará el continente sudamericano a volcarse en un entendimiento íntegro con Estados Unidos mientras este país lo siga considerando «continente en explotación» y no un mundo unido al suyo en forma indestructible.

Pero los recursos naturales de la América latina son, hasta la fecha, incalculables y la productividad de sus suelos, en regiones de Argentina, Brasil, Colombia, Venezuela o Centroamérica, para citar sólo algunas, es fabulosa. Sin embargo, las masas americanas, en extensas zonas, apenas están sobre un nivel de consumo *per capita* superior al que tenían hace algunos años China o India. La agricultura se encuentra estancada en su productividad, debido a que los medios que todavía emplea son los que usaba cien o doscientos años atrás. Faltan caminos, transportes, magnas obras de regadío y de electrificación. A estas sombrías notas de color en el panorama general de América se puede agregar la miope política que consiste en que cada país

americano debe ser industrializado a toda costa, sin que esa industrialización obedezca a un plan orgánico de todos los países americanos, con el objeto de evitar la triste consecuencia de que cada uno se transforme en una isla en relación con los otros y se ahonde la separación al producir no ya un vecino, sino un rival en la conquista de mercados y en la defensa de los productos exportables.

El lastre que representa el paupérrimo estado de una América latina subdesarrollada rompe el mediano equilibrio que debe haber entre las dos Américas. Tanto desde el punto de vista de Estados Unidos como desde el de los países del Sur, dicha situación es el mayor obstáculo que en la actualidad existe para llevar a cabo cualquier política que totalice el hemisferio occidental y hace cada vez más difícil un entendimiento que a todas luces es, en esta hora, no sólo importante, sino cosa de vida o muerte. Aunque les resulte duro a los gobernantes y pensadores norteamericanos e hipotética a los políticos y hombres públicos de Hispanoamérica, en la inmunidad de este talón de Aquiles que es hoy para el Occidente el Mundo Hispánico, están el remedio y la posibilidad de salvación de toda la cultura occidental. Pesa demasiado un continente entero que hasta la fecha, por circunstancias de su misma evolución histórica y por las fallas de su desarrollo social, todavía no se encuentra en condiciones de colocarse en un mismo pie en relación con las demás partes del mundo occidental a que pertenece. Hay una contradicción evidente en el hecho de que el porvenir y el florecimiento integral de una civilización dependa, en estricto sentido, de su miembro más débil, pero así es. Porque aun cuando en lo que va corrido del siglo Europa se ha visto suplantada por Estados Unidos en la capacidad ascendente de su propio acervo cultural, sin embargo hay una cierta repugnancia de ésta a concederle una representación absoluta de su estilo de vida, por insuficiencias iniciales del fenómeno cultural norteamericano que requieren y exigen su complementación con otro fenómeno sociológico también americano que es el Mundo Hispánico, a fin de que ambos, de consuno, puedan dar una interpretación cabal de lo que el occidental necesita en el hombre americano que sea su sucesor y continuador.

«Hoy día en el Occidente —declara el jerarca ruso Molotov en una imaginaria entrevista concedida a Papini en *El libro negro*— toda la política se ha reducido a la economía. En el siglo pasado aún se hablaba de principios, de ideas, de valores nacionales o ideales; ahora vuestros señores no hablan más que de problemas financieros, de tarifas, salarios, reformas agrarias, sindicatos y huelgas; hablan de exportaciones y de mercados, de nacionalización de la industria, de producción, ocupación y de otros temas semejan-

tes. Al mismo tiempo que declaran ser adversarios del marxismo están demostrando día a día haberse convertido, prácticamente, a una doctrina genuinamente marxista: la del *materialismo histórico*.»

En América latina, por desdicha, también se está cayendo desde hace tiempo en el mismo pecado y se analizan y quieren resolverse los problemas humanos desde el puro punto de vista de la economía. Si se penetra a más profundidad que la simple superficie se verá que, si bien es de urgencia una modificación completa en dicho aspecto, sin embargo la crisis espiritual que la está corroyendo en sus diferentes estratos sociales es mucho más honda y reviste un alcance incalculable. Hay una tristeza creciente que va invadiendo al hombre americano, reducido por la misma conformación de sus Estados nacionales a políticas limitadas, carentes de amplitud y generosidad; a planes que no se encaminan más allá del interés de un grupo de gentes, mientras el mundo que lo rodea, fuera de sus fronteras, se debate en asuntos que afectan íntimamente al alma humana y el individuo está asentado en un plano de dignidad y respeto de la personalidad que en Hispanoamérica son desconocidos. Horizontes truncos en un territorio sin horizontes; visiones chatas en una habitación de gigantes. He ahí el panorama de Hispanoamérica y, por extensión, también el del Mundo Hispánico en general.

¡Enorme y singular paradoja es la de este continente hecho para un destino que no se encuentra en condiciones de aceptar, pero al cual habrá de entrar de todos modos, pues en este destino como miembro del mundo occidental está no sólo la salvación de éste, sino también la propia! América latina no puede permitirse ni hoy ni mañana, ni «terceras posiciones», como con ingenuidad amenazaba Perón, ni vida aparte e independiente de la corriente humana por la que debe encauzarse en una aceptación plena de sus responsabilidades. Y lo que se dice de la América latina se dice también del Mundo Hispánico en su integridad, que tanto en Europa como en América parece no estar consciente de este hecho o, en el mejor de los casos, se pretende someter a tal sino a regañadientes.

¿Qué decir, además, de ese cristianismo del Mundo Hispánico que fuera el motor de la tarea de civilización de la conquista y la colonización y que hoy debe ser factor esencial en la renovación del hombre occidental? Pero, ¿hasta qué punto siente el hombre hispánico de hoy, europeo o americano, que en ello está su salvación y la salvación de todos sus congéneres?

Al referirse a la situación religiosa en Europa, y particularmente en España^o el R. P. Ireneo Rosier, O. Carm., en una de las conferencias que dió en la Universidad Católica de Chile, hacía ver que, «puesto que son pocos los que se han ocupado del estudio de la realidad religiosa del pueblo espa-

ñol, es difícil describir con datos exactos en qué estado se encuentra actualmente. Se bautizan los hijos, se casan por la Iglesia, los entierros son religiosos, y en todo esto no hay duda de que se vive aún una fe bastante grande. Pero —prosigue el distinguido sociólogo carmelita— fuera de esto la iglesia para el pueblo es un mundo cerrado. Aunque la instrucción religiosa llega por ahora a toda la juventud, la vida sigue su propio camino a causa del hecho de que la instrucción religiosa se limita demasiado a refrenar y reprimir la vida de un modo negativo. Un español me decía —agrega—: "Aquí, en España, tenemos una Iglesia de «culto» y un clero de misticismo que aburre a la gente." Sin embargo, el pueblo sigue pensando católicamente, visto que el ambiente está impregnado de catolicismo».

Con atenuantes ligeros de país o de región, ¿no hay una similitud evidente con el panorama que presenta Hispanoamérica si se la contempla en su realidad religiosa?

Asegura también el Padre Rosier: «De hecho los españoles aman la vida y saben el arte de vivir intensamente y con muchas improvisaciones; pero al mismo tiempo es de su esencia el estar descontentos hasta cuando se muestran orgullosos de su patria. El español es revolucionario en apariencia contra las situaciones momentáneas de su ambiente; pero, en realidad, lo es contra una insatisfacción de la vida misma. Semeja perderse en el mundo y sus cosas, pero de hecho está desapegado a ellas. Parece perderse en lo pasajero y transitorio, pero en la realidad está fuertemente orientado hacia lo absoluto.»

«Al mismo tiempo que una gran vitalidad inquieta hay en ellos un sentimiento de la relatividad de todo. Y esto explica su dedicación absoluta a la fe, el heroico desprecio a la muerte, la santidad y el fanatismo que, más que en otras partes, las hay en España.»

«Fanatismo, en el hecho de dar un valor absoluto a aquello que sólo es relativo o de no conocer un término medio en su impulso para alcanzarlo; santidad, puesto que la dedicación a la fe puede ser radical hasta el extremo; intransigencia, al crear cosas absolutas inexistentes. Pero también angustia desesperada siempre que ve desmoronarse su visión de lo absoluto.»

¿No son también estas apreciaciones aplicables al hombre hispánico de América, que las siente igual, aunque quizá con menor intensidad, que el de la Península Ibérica?

En esta predisposición a lo absoluto, que si bien en todos los pueblos existe con mayores o peores características, pero que en el ser hispánico se da como arquetipo e inflexión nativa de su voluntad, debe reposar la tarea de revitalización del cristianismo en el Mundo Hispánico. Porque, como indica

el sociólogo carmelita ya citado, «esta actitud ante lo absoluto, consciente o inconsciente, es la que explica, a partir del interior, por qué el español es tan él mismo y el porqué de su independencia en relación con los demás. Es una gran verdad que el catolicismo vive en España mucho más profundamente que lo que piensan muchos españoles que se sienten poco o nada católicos. Y esta característica, o sea la tendencia hacia lo absoluto y el sentimiento de igualdad de todo hombre como consecuencia, juntamente con la experiencia de la relatividad de todo lo del mundo, tanto puede ser una predisposición en España al catolicismo como una consecuencia de él».

En cualquiera de estos casos —es menester agregar— se llega a una sola y consoladora solución. El español —y lo que se dice aquí de España es extensivo a todo el Mundo Hispánico, pues las causales son las mismas— y el iberoamericano, aunque confesionalmente no estén dentro de la Iglesia sienten y viven, o a lo menos pretenden vivir, como católicos. «La voz celestial de España», como alguien se refirió a la lira de inspiración religiosa española a través de los siglos, ha impregnado de deseo de absoluto el pensar y el actuar de los hombres del Mundo Hispánico y ha dejado en ellos la semilla antigua que debe dar renuevos de libertad y de dicha.

Pero ha señalado bien el R. P. Rosier la gran limitación que al hombre hispánico afecta al «dar un valor absoluto a aquello que sólo es relativo o de no conocer un término medio en su impulso por alcanzarlo». Esto, que en religión conduce a un fanatismo estéril; en política, a abrazar sin la debida reflexión y como únicas tablas de salvación doctrinas o ideas que nada resuelven, y en lo social, a la adoración de la casta, el terruño o la aldea, nada más que por ser propios, tiende a producir en este individuo, que por sí mismo y por sus intrínsecas condiciones es el más llamado a tener una visión panorámica, rica y espléndida de las cosas y de sus semejantes, el que se pierda en pequeñeces, se minimice y se anonade en fórmulas y en verbalismo insustancial o en querellas nimias y sin importancia. Por la ponderación que de factores relativos ha hecho el hombre hispánico, el liberalismo a ultranza de los políticos y pensadores del siglo XIX hispanoamericano pretendió cegar todas las fuentes de un pasado que se estimó retrógrado, negro y vergonzoso, sin meditar un instante que tal pasado estaría pronto a resucitar, aun en ellos mismos, en todo lo que tuviese de permanente, de válido y de singular. Por la misma causa, el Mundo Hispánico se ha quebrado en Estados minúsculos y cada provincia se sintió capaz de erigirse en nación, con la creencia, sin disputa, de que bastaban la altura de unas montañas o ciertas peculiaridades regionales para serlo, pero con olvido de que cada una y todas estaban en la obligación sagrada de mantener y de acrecentar un acervo común.

y de que la misión a ellas confiada era mucho más vasta, difícil y compleja. Por idénticas razones, el espíritu religioso de estos pueblos se ha quedado en la práctica devota y superficial, sin ahondar en la riqueza de una liturgia ni preocuparse del misterioso poder renovador del mensaje eterno. Podría decirse del hombre hispánico, frente a esta perpetua dicotomía, que a pesar de estar en posesión de la Escala de Jacob, apenas si ha tocado la piedra donde el patriarca apoyó su cansada cabeza y regó con sus lágrimas y sus besos.

Dicha limitación, que lleva al fracaso cualquier intento que rompa lo rutinario y establecido y cualquier idea elevada y grande, debe ser sobrepasada. ¿Por qué no repetir con el poeta: «Me crece el corazón hasta romper sus horizontes — hasta saltar por encima de los árboles — y estrellarse en el cielo»? Pues, así es; es el corazón del hombre hispánico el que debe crecer, hacerse grande, comprensivo y dúctil, por cuanto no hay más remedio que disponerse a amar el tiempo en que se vive, aunque para los que en él están haya más amargura que deleite. Peculiar sentido de los hechos dará el salir de este ensimismamiento; auténtico sentido, también, del valor de las cosas y del intransferible e infinito valor del hombre. Porque el entregarse en caridad, sin tasa, para hacer así violencia al Reino de los Cielos, es lo que hace falta al individuo del Mundo Hispánico. Se manifestará, al respecto, que tal entrega es la que compete a todos los seres terrenos. Eso, sin discusión. Pero el hombre hispánico, impregnado en su propio ser de estas vivencias, compelido por su sed de absoluto a esta realización, es el primero que debe estar llano a hacerlo.

«De estos contrastes — sigue indicando el padre Rosier — resulta que el amor del español es más egocéntrico que orientado hacia el mundo. Sin embargo, no se siente autosuficiente, pudiendo esto ser considerado como una disposición a la religiosidad inherente a lo más profundo de su existencia. Al someterse a Dios por la fe — el único modo de poseer el absoluto aquí en la tierra — se le abre nuevamente el mundo bajo una nueva luz. Por consiguiente, la caridad ocupa un lugar importante en el mundo español, obrando entonces con intensidad «en el nombre de Dios», pero — y esto es típicamente español y latino — de una manera no organizada. Se es bueno con los otros por impulso personal o por motivos sobrenaturales, se ayuda a quien tiene necesidad, pero la sociedad española seguirá siendo un "caos"».

No se sentirán plenamente logrados el español y el iberoamericano si en su sociedad nada de trascendentes se le ofrece, y esta sociedad seguirá siendo un «caos» si ella no se apoya en lo sustancial, en lo básico y profundo, que sea capaz, a la vez, de realizar lo imposible y de armonizar en una tarea común, elevada y sublime, la infinita variedad de personalidades autónomas que constituyen el Mundo Hispánico. Y esta tarea es, y debe ser, la redención del

hombre americano en su totalidad, el del norte y el del sur, ambos «herederos de la antigua Grecia y de la asombrosa civilización europea».

Puestos en este predicamento, es bueno recordar, con Vasconcelos, que «El Salvador del instante sería uno que pudiese quitarnos del rostro la mueca del odio y devolvernos la serenidad de la inocencia». Y este autor prosigue: «Por mi parte, sigo creyendo en aquél que predicó en la montaña y es manantial de paz, aunque no siempre recomiende la mansedumbre y sí la lucha constante por conquistar el Reino. Su soplo hace falta, al anhelo de la liberación de las masas que tienen derecho al pan y la ventura.»

«Sin aguardar el paraíso en la tierra, reconozco la obligación de sobrepasar el egoísmo y de luchar por la justicia en el mundo. Justicia hay que pedir y no dicha. Y la justicia tiene de enemigos al economista que promete hartazgos como fin posterior del anhelo y al superhombre que se erige en ídolo y y reemplaza la inteligencia con la hoja de lata del casco cesáreo.»

La fe de sus mayores debe conducir al Mundo Hispánico a la justicia, en un impulso espontáneo, natural, necesario, en un impulso engendrado por la alegría que da el sentirse hecho en caridad para ofrecerse en caridad. Una justicia integral no sólo en la vida de relación interior de estos pueblos, sino también en la relación exterior. Una justicia que no nazca de la imposición de las armas o de los charcos de sangre derramada, sino del profundo respeto al semejante, a su dignidad, a su condición de igual en esencia y forma. Porque ese régimen democrático en el que América presume creer y que sostiene a pesar de las monstruosas mixtificaciones de que lo ha hecho objeto hasta hoy, sólo entonces aparecerá en su prístina pureza en un papel de enaltecedor y guardador de la dignidad del hombre. Sólo entonces, también, esa Iglesia que protege y que educa y que conduce al ser humano por el camino de su salvación extraterrena, podrá llevar a cabo con fecundo resultado su obra sobrenatural, su labor de bendición y de esperanza.

«El grado de cultura media que los hombres de todas las razas han alcanzado en este primer tercio del siglo — escribía hace unos años Vasconcelos—, está exigiendo que la sociedad se transforme. Ni por un instante imaginamos que el equilibrio se restablecerá según fórmulas de antaño. No sólo el pasado histórico está bien muerto, también las teorías de ayer se nos presentan gastadas en la acción intensa, urgidas de afinamiento y complemento. La velocidad es un factor nuevo que no es posible desconocer cuando se juzgan los procesos de nuestra época. No sólo hay que cambiar, sino que es necesario hacerlo de prisa; esto es lo que hay de cierto en la tesis trotskista de la revolución permanente. Pero el cambio se vuelve retroceso y barbarie cuando se limita a imponer, con violencia, programas incompletos y abstractos, sobre una realidad

que contiene imperativos económicos y sociales, además de otros muchos problemas que escapan al cartabón de las ideologías particularistas.»

A la pregunta clásica de por qué el Mundo Hispánico no es capaz de solucionar sus propios problemas sociales y económicos en un mundo que marcha a la velocidad del rayo, mientras los pueblos que lo forman se mueven con un paso cansino y tardo, podría responderse que quizá en ello haya una misteriosa manera de obrar de este complejo humano, que reserva para un futuro más o menos próximo la eclosión fructífera y amplia de todas esas energías y esencias mantenidas ocultas bajo la ancha capa del sueño criollo y mestizo. Se insinúa por los defensores de este modo de ser hispánico, que la próxima cultura será la de este Mundo Hispánico, y que ahora se está en lento trabajo de forja y de acumulación de patrimonio, para luego estar pronto a romper esa crisálida e iluminar el orbe con el soberano resplandor de la nueva cultura. Posiblemente hay razón en esta manera de pensar, pero, ¿no habrá también una buena parte de pereza en todo esto, un elemental deseo de reposo, una *gama* muy iberoamericana de eludir responsabilidades en esta hora, de estar un tanto al margen y como espectador de las tragedias y de las dichas humanas? ¿No habrá, asimismo, una confianza demasiado ingenua, niña si se quiere, en que será capaz de protagonizar este Mundo Hispánico una próxima cultura cuando no ha sabido ni comprender ni sufrir la presente? Además, ¿qué es cultura sino una visión original y vital de las cosas? ¿Qué es cultura sino es sentirse viviéndola? Y, para empezar a vivirla, ¿no es preciso realizar múltiples faenas que conduzcan a que ella madure y dé frutos propios y nuevos? Y la mejor manera de engendrar una nueva cultura, ¿no es sin duda meterse de rondón en la corriente de la cultura antigua, pues de la nada, nada es posible hacer?

Con sinceridad, quizá no haya demasiados antecedentes para suponer que el Mundo Hispánico esté realizando esta labor. A pesar de la gala de cosmopolitismo y el afán universalista que muestra, se ha quedado sólo en la superficie del mundo moderno. Sus problemas aún no le llegan; sus aspiraciones y desesperanzas, apenas si le rozan. En la intransigencia y en el extremismo que adopta para ciertos valores relativos, se ha quedado encerrado en sí mismo, inapto para sentir el fluir recóndito de su íntimo estado interior y para hacer frente, con igual calidad y entereza, al dilema de una época.

JAIMÉ PERALTA PERALTA

De la Universidad Católica de Chile

R É S U M É

Généralement on a une notion vague et romantique du Monde Hispanique. On parle d'une fable hispanique, on considère que c'est quelque chose de passé, sans valeur actuelle, qu'il y a beaucoup de légende sur ce sujet et surtout on pense que cela n'a aucun intérêt pour le futur des peuples qui l'intègrent actuellement. Beaucoup d'hispanistes et de défenseurs de l'hispanisme font de celui-ci quelque chose de fermé, d'étroit et ainsi ils rendent un mauvais service à la cause qu'ils prétendent défendre.

Un tragique panorama surgit dans l'ancien Empire Hispanique avec sa disgrégation et sa conversion en différentes nations. Étant donné qu'il n'était pas encore arrivé à une maturité complète, il était difficile de se maintenir et de continuer son développement. On abandonna le sens communautaire, une grande partie de la culture apportée par l'Espagne disparut, les haines et les vengeances des créoles et des métis augmentèrent. Mais de tout ceci on peut tirer une leçon profitable et réaliser les possibilités infinies qui se trouvent dans les peuples hispano-américains et ce travail est celui que doit assumer ce que nous appelons le Monde Hispanique. Pour ceci les peuples américains doivent se constituer en leur propres accusateurs. Et ensuite il ne s'agit pas de défendre une étroite alliance —fédération union, etc.—, car ceci est donné pour sûr, sinon de les pousser sur le chemin de leur propre réalisation comme entités humaines, comme membres adultes d'une communauté mondiale, de laquelle jusqu'à maintenant ils n'ont pas fait partie. Il faut en finir avec le jeu des nations d'opérette, des révolutions de roman d'aventures, car c'est le sort de plusieurs milliers de personnes qui est en jeu.

Ni le nationalisme, ni la démocratisation de la révolution, ni les utopies communistes donneront une solution à ce problème. Pour cet objectif transcendant et missionnel qui lui a été signalé, le Monde Hispanique, s'il veut le réaliser, doit souffrir une transformation, il doit se restituer les valeurs antérieures que lui ont forgé le mythe ou la fable hispanique avec ses défauts et ses gloires, sa vilenie et sa sublimité, mais dans lequel naît le courant vital de sa propre croissance et dans lequel nous trouvons son âme et sa quantité de possibilités.

S U M M A R Y

In general, people has a romantic and vage idea of the Hispanic world. They speak of a hispanic fable; they consider in to be somewhat caducous, without present-day value; they think that there is a great deal of legend

about it and, above all, they believe that this hispanic world has not any interest for the future of the nations which, at present, form it. Many hispanists and hispanity defenders make it something close and exclusive so rendering a bad service to the cause they pretend to defend.

When the old Hispanic Empire crumbled down and when it was converted into different nations, a tragic panorama set out. Without having reached their complete maturity, it was difficult for them to remain firm and continue developing. The sense of community was given up; the culture Spain had insisted on providing them with disappeared to a great extent; the hatred and revenges among natives and mestizos increased. But a profitable lesson can be deduced from all this and the enormous possibilities that the Spanish-language speaking American countries involve can be carried out; and this task must be assumed by what we call Hispanic world. For this, the American countries must set themselves up as their own accusers. And then it is no question of defending a close alliance —federation, union...— since such a thing is obviously admitted, but of pushing them in the way of their own fulfilment as human entities, as adult members of a world-wide community from which they have remained detached up to now. It must be put an end to that play of ridiculous nations and cloak and dagger revolutions, since the future of thousands and thousands of persons is the interest at stake.

Neither nationalism nor the democratization of revolutions nor even communist utopias will solve this problem. In this important and missionary juncture committed to it, the Hispanic World —if it desires to fulfill it— must undergo a reversion, must recover the old values which have forged the Hispanic myth or fable, with its defects and glories, its villainy and sublimity, but from which do stem the vital stream of its own growth and where are to be found both its actual self and its expectations.

